

DOMINGO PRIMERO DE CUARESMA

1ª lectura (Deuteronomio 26, 4-10): *El Señor escucha nuestros gritos.*

Salmo (90, 1-2.10-15): *«Quédate conmigo, Señor, en la tribulación»*

2ª lectura (Romanos 10, 8-13): *Nadie que crea en Él quedará confundido.*

Evangelio (Lucas 4, 1-1.): *No solo de pan vive el hombre.*

La pregunta por la dignidad humana es una cuestión acuciante, especialmente cuando somos testigos de tantas formas de acosarla y abatirla. Desde los gobiernos que firman en papel mojado declaraciones de Derechos Humanos, hasta las formas más pequeñas de atentado contra los rescoldos de dignidad de las personas: víctimas de violencias, de imperativos culturales, de poderes sin pudor; a quienes se les niega incluso el derecho de alimentarse dignamente.

¿Dónde se encuentra nuestra dignidad más básica? Difícil pregunta, a sabiendas de que son tremendamente diversas las experiencias de ser dañado o elevado en la propia dignidad, o en la dignidad colectiva; y de que no se valoran por igual los lugares donde ésta se construye o se destruye. En algo podremos ponernos de acuerdo: la dignidad está entrelazada con el respeto, con la capacidad para poner el valor personal por delante de cualquier otro valor: económico, cultural, ideológico. La definición de la dignidad humana es menos una cuestión de reflexión y pensamiento que un asunto de sentimiento y respeto.

Sin embargo, la condición humana es profundamente paradójica, porque junto a nuestro deseo de humanización –de no ser más ni menos que personas, respetadas como tales– se dan sus tentaciones. La tentación es el atentado contra la dignidad personal, pero camuflado, porque parece dignificarnos y aportarnos valores más importantes, como ocurre con la satisfacción de necesidades, el poder de posesiones, el reconocimiento personal.

Las tentaciones en el desierto sintetizan las dificultades que Jesús tuvo que superar en su vida para llevar a término la obra encomendada por el Padre. En la Epifanía del bautismo en el Jordán se oyó la voz del Padre llamando a Jesús *«Hijo querido»* y después ese Hijo querido va al desierto conducido por el Espíritu con unos comportamientos distintos de los demás hombres. Y pudo dudar: **¿Será Dios o no?** La tentación y su comportamiento, pondría en evidencia su personalidad y disiparía toda duda. Si cede al materialismo, a la vanidad, y dobla la rodilla es un hombre cualquiera y todo lo demás es un montaje.

«Si eres hijo de Dios»... Parecido reto oír de los judíos en la cruz: *«Que se salve a sí mismo si tiene por padre a Dios»*. El hijo de un poderoso lo puede todo. El desafío podría formularse introduciendo una ligera variante: “*Si Dios es tu padre...*”. El tentador da por supuesto que existe Dios y que cualquier hombre puede relacionarse con Él con sentimientos de hijo ante cualquier necesidad. Éste es el núcleo de la cuestión.

Casi siempre, aparece una pregunta tal vez formulada con distintas palabras: **¿Cree usted en Dios? ¿Qué es Dios para usted?** Las respuestas están generalmente condicionadas por el concepto que cada uno se haya formado de Dios. Un Dios que ha creado el mundo y al hombre o un dios que la fantasía del hombre ha creado a su imagen y caprichos. Muy pocos o nadie hay que niegue la existencia de “*algo superior*”, es decir, de algo que está por encima y es más de lo que se puede ver, oír, palpar, manipular en el laboratorio.

Cuando la gente deja de creer en Dios no significa que ya no crea en nada; significa que cree en todo, aunque sea en los absurdos: cree en horóscopos, astrología, magia, mensajes de sectas, en pequeñas divinidades o ídolos de astros y de estrellas de turno en el pequeño mundo de la celebridad. En realidad no se trata de creer o no creer, sino de creer en Dios o en los ídolos. Porque donde decrece la fe, fácilmente y sin obstáculos crece la superstición.

La verdadera pregunta no es si existe algo o no, sino si ese “*algo*” es “**Alguien**”, y si nos podemos relacionar con ese **Alguien** y cómo. Yo puedo dirigirme confiado a ese “*Alguien*” como a un “*Tú*” y agradecerle, pedirle, amarle y sentirme amado y protegido por Él. Puedo pedirle el “*pan de cada día*”, que “*venga su Reino*”, que no me “*deje caer en la tentación*”. Y si me falta el pan o el prestigio o el poder, no por eso tengo derecho a sentirme lejos de Él.

En la oración del *Padrenuestro* pedimos los cristianos que Dios no nos deje caer en la tentación. Podemos pedir eso mismo con otras palabras: ayúdanos a vencer las tentaciones como las venció Jesús. El Evangelio de las tentaciones en el desierto, en el comienzo del ministerio público de Jesús, puesto también al comienzo de la reflexión de la Cuaresma, nos invita a todos a preguntarnos mirando a Jesús: **¿De qué vivo yo? ¿En quién tengo mi confianza? ¿Ante quién me humillo y doblo la rodilla?**